

en usos y costumbres, amontonados en desorden como el botín de un campo de batalla, forzados á formar un cuerpo facticio, como trofeos ensartados en el ástil de una lanza.

La unidad en el gobierno no podia ser provechosa, porque era violenta; y añadiéndose que esta unidad era despótica, desde la silla del imperio hasta los últimos mandarines, no podia traer otro resultado que el abatimiento y la degradacion de los pueblos; siéndoles imposible desplegar aquella elevacion y energía de ánimo, frutos preciosos del sentimiento de la propia dignidad, y del amor á la independencia de la patria. Si al menos Roma hubiese conservado sus antiguas costumbres, si abrigara en su seno aquellos guerreros tan célebres por la fama de sus victorias como por la sencillez y austeridad de costumbres, pudiérase concebir la esperanza de que emanara á los pueblos vencidos algo de las prendas de los vencedores, como un corazon joven y robusto reanima con su vigor un cuerpo estenuado con las mas rebeldes dolencias. Pero desgraciadamente no era así; los Fabios, los Camilos, los Escipiones, no hubieran conocido su indigna prole; y Roma, la señora del mundo, yacía esclava bajo los pies de unos monstruos, que ascendian al trono por el soborno y la violencia, manchaban el cetro con su corrupcion y crueldad, y acababan la vida en manos de un asesino. La autoridad del senado y la del pueblo habian desaparecido; quedaban tan solo algunos vanos simulacros, *vestigia morientis libertatis*, como los apellida Tácito, vestigios de la libertad espirante: y aquel pueblo rey *que antes distribuía el imperio, las fasces, las legiones, y todo, á la sazón ansiaba tan solo dos cosas: pan y juegos.*

Qui dabat olim  
Imperium, fasces, legiones, omnia, nunc se  
Continet, atque duas tantum res anxius optat.  
Panem, et circenses.

(JUVENAL. Satyr. 10.)

Vino por fin la plenitud de los tiempos; el Cristianismo apareció, y sin proclamar ninguna alteracion en las formas políticas, sin atentar contra ningun gobierno, sin ingerirse en nada que fuese mundanal y terreno, llevó á los hombres una doble salud, llamándolos al camino de una felicidad eterna, al paso que iba derramando á manos llenas el único preservativo contra la disolucion social, el gérmen de una regeneracion lenta y pacífica,

pero grande, inmensa, duradera, á la prueba de los trastornos de los siglos. Y ese preservativo contra la disolucion social, y ese gérmen de inestimables mejoras, era una enseñanza elevada y pura, derramada sobre todos los hombres, sin escepcion de edades, de sexos, de condiciones, como una lluvia benéfica que se desata en suavísimos raudales sobre una campiña mustia y agostada.

No hay religion que se haya igualado al cristianismo, ni en conocer el secreto de dirigir al hombre, ni cuya conducta en esa direccion sea un testimonio mas solemne del reconocimiento de la alta dignidad humana. El cristianismo ha partido siempre del principio de que el primer paso para apoderarse de todo el hombre, es apoderarse de su entendimiento; que cuando se trata, ó de estirpar un mal ó de producir un bien, es necesario tomar por blanco principal las ideas; dando de esta manera un golpe mortal á los sistemas de violencia, que tanto dominan donde quiera que él no existe, y proclamando la saludable verdad de que cuando se trata de dirigir á los hombres, el medio mas indigno y mas débil es la fuerza. Verdad benéfica y fecunda, que abria á la humanidad un nuevo y venturoso porvenir.

Solo desde el cristianismo se encuentran, por decirlo así, cátedras de la mas sublime filosofía, abiertas á todas horas, en todos lugares, para todas las clases del pueblo: las mas altas verdades sobre Dios y el hombre, las reglas de la moral mas pura, no se limitan ya á ser comunicadas á un número escogido de discípulos en lecciones ocultas y misteriosas: la sublime filosofía del cristianismo, ha sido mas resuelta, se ha atrevido á decir á los hombres la verdad entera y desnuda, y eso en público, en alta voz, con aquella generosa osadía compañera inseparable de la verdad.

“Lo que os digo de noche, decidlo á la luz del dia; y lo que os digo al oido, predicadlo desde los terrados.” Así hablaba Jesucristo á sus discípulos (*Matt. c. 10 v. 27*).

Luego que se hallaron encarados el cristianismo y el paganismo, hizose palpable la superioridad de aquel, no tan solo por el contenido de las doctrinas, sino tambien por el modo de propagarlas: púdose conocer desde luego que una religion cuya enseñanza era tan sabia y tan pura, y que para difundirla se encaminaba sin rodeos, en derechura, al entendimiento y al corazon, habia de desalojar bien pronto de sus usurpados dominios á otra

religion de impostura y mentira. Y en efecto ¿qué hacia el paganismo para el bien de los hombres? ¿Cuál era su enseñanza sobre las verdades morales? ¿Qué diques oponia á la corrupcion de costumbres? "Por lo que toca á las costumbres, dice á este propósito S. Agustin, ¿cómo no cuidaron los dioses de que sus adoradores no las tuvieran tan depravadas? El verdadero Dios á quien no adoraban, los desechó, y con razon; pero los dioses, cuyo culto se quejan que se les prohiba esos hombres ingratos; esos dioses, ¿por qué á sus adoradores no los ayudaron con ley alguna para bien vivir? ya que los hombres cuidaban del culto, justo era que los dioses no olvidasen el cuidado de la vida y costumbres. Se me dirá que nadie es malo sino por su voluntad; ¿quién lo niega? pero cargo era de los dioses, no ocultar á los pueblos sus adoradores, los preceptos de la moral, sino predicárselos á las claras, reconvenir y reprender por medio de los vates á los pecadores, amenazar públicamente con la pena á los que obraban mal, y prometer premios á los que obraban bien. En los templos de los dioses, ¿cuándo resonó una voz alta y vigorosa que á tamaño objeto se dirigiese?" (*De Civit. Dei. l. 2. c. 4*). Traza en seguida el santo doctor un negro cuadro de las torpezas y abominaciones que se cometian en los espectáculos y juegos sagrados celebrados en obsequio de los dioses, á que él mismo dice que habia asistido en su juventud, y luego continúa: "infírese de esto, que no se curaban aquellos dioses de la vida y costumbres de las ciudades y naciones que les rendian culto, dejándolas que se abandonasen á tan horrendos y detestables males, no dañando tan solo á sus campos y viñedos, no á su casa y hacienda, no al cuerpo sujeto á la mente, sino permitiéndoles sin ninguna prohibicion imponente, que abrevasen de maldad á la directora del cuerpo, á su misma alma. Y si se pretende que vedaban tales maldades, que se nos manifieste, que se nos pruebe. Jáctanse de no sé qué susurros que sonaban á los oídos de muy pocos, en que bajo un velo misterioso, se enseñaban los preceptos de una vida honrada y pura: pero muéstrannos los lugares señalados para semejantes reuniones, no los lugares donde los farsantes ejecutaban los juegos con voces y acciones obscenas, no donde se celebraban las fiestas fugales con la mas estragada licencia, sino donde oyesen los pueblos los preceptos de los dioses, sobre reprimir la codicia, quebrantar la ambicion, y refrenar

los placeres: donde aprendiesen esos infelices aquella enseñanza que con severo lenguaje les recomendaba Persio (*Satyr. 3.*) cuando decia: Aprended, ó miserables, á conocer las causas de las cosas, lo que somos, á qué nacimos, cuál debe ser nuestra conducta, cuán deleznable es el término de nuestra carrera, cuál es la razonable templanza en el amor del dinero, cuál su utilidad verdadera, cuál la norma de nuestra liberalidad con nuestros deudos y nuestra patria, á dónde te ha llamado Dios, y cuál es el lugar que ocupas entre los hombres. Dígasenos en que lugares solian recitarse de parte de los dioses semejantes preceptos, donde pudiesen oírlos con frecuencia los pueblos sus adoradores, muéstrannos esos lugares, así como nosotros mostramos Iglesias instituidas para este objeto, donde quiera que se ha difundido la religion cristiana." (*De Civit. Dei. l. 2. c. 6.*)

Esa religion divina, profunda conocedora del hombre, no ha olvidado jamas la debilidad é inconstancia que le caracterizan; y por esta causa, ha tenido siempre por invariable regla de conducta, inculcarle sin cesar, con incansable constancia, con paciencia inalterable, las saludables verdades de que dependen su bienestar temporal y su felicidad eterna. En tratándose de verdades morales, el hombre olvida fácilmente lo que no resuena de continuo á sus oídos; y si se conservan las buenas máximas en su entendimiento, quedan como semilla estéril, sin fecundar el corazon. Bueno es y muy saludable que los padres comuniquen esta enseñanza á sus hijos; bueno es y muy saludable, que sea este un objeto preferente en la educacion privada; pero es necesario ademas, que haya un ministerio público que no le pierda nunca de vista, que se estienda á todas las clases y á todas las edades, que supla el descuido de las familias, que avive los recuerdos y las impresiones que las pasiones y el tiempo van de continuo borrando.

Es tan importante para la instruccion y moralidad de los pueblos ese sistema de continua predicacion y enseñanza, practicado en todas épocas y lugares por la Iglesia católica, que debe juzgarse como un gran bien el que en medio del prurito que atormentó á los primeros protestantes, de desechar todas las prácticas de la Iglesia, conservasen sin embargo la de la predicacion. Y no es necesario por eso el desconocer los daños que en ciertas épocas han traído las violentas declamaciones de algunos minis-

tros, ó insidiosos, ó fanáticos; sino que en el supuesto de haberse roto la unidad, en el supuesto de haber arrojado á los pueblos por el azaroso camino del cisma, habrá influido no poco en la conservacion de las ideas mas capitales sobre Dios y el hombre, y de las máximas fundamentales de la moral, el oír los pueblos con frecuencia esplicadas semejantes verdades por quien las habia estudiado de antemano en la Sagrada Escritura. Sin duda que el golpe mortal dado á las gerarquías por el sistema protestante, y la consiguiente degradacion del sacerdocio, hace que la cátedra de la predicacion no tenga entre los disidentes el sagrado carácter de cátedra del Espíritu Santo; sin duda que es un grande obstáculo para que la predicacion pueda dar fruto, el que un ministro protestante no pueda ya presentarse como un ungido del Señor, sino que como ha dicho un escritor de talento, solo sea *un hombre vestido de negro que sube al púlpito todos los domingos para hablar de cosas razonables*; pero al menos, oyen los pueblos algunos trozos de las excelentes pláticas morales que se encuentran en el sagrado Texto, tienen con frecuencia á su vista los edificantes ejemplos esparcidos en el viejo y nuevo Testamento; y sobre todo, se les refieren á menudo los pasos de la vida de Jesucristo, de esa vida admirable, modelo de toda perfeccion; y que aun mirada con ojos humanos, es en confesion de todo el mundo, la pura santidad por excelencia, el mas hermoso conjunto moral que se viera jamas, la realizacion de un bello ideal que bajo la forma humana, jamas concibió la filosofía en sus altos pensamientos, jamas retrató la poesía en sus sueños mas brillantes. Esto es muy útil, altamente saludable: porque siempre lo es el nutrir el ánimo de los pueblos con el jugoso alimento de las verdades morales, y el excitarlos á la virtud con el estímulo de tan altos ejemplos.

---

## CAPITULO XV.

---

**P**OR grande que fuese la importancia dada por la Iglesia á la propagacion de la verdad, y por mas conveñida que estuviera de

que para disipar esa informe masa de inmoralidad y degradacion que se ofrecia á su vista, el primer cuidado habia de dirigirse á esponer el error al disolvente fuego de las doctrinas verdaderas, no se limitó á esto; sino que descendiendo al terreno de los hechos, y siguiendo un sistema lleno de sabiduría y cordura, hizo de manera que la humanidad pudiese gustar el precioso fruto, que hasta en las cosas terrenas dan las doctrinas de Jesucristo. No fué la Iglesia solo una *escuela grande y fecunda, fué una asociacion regeneradora*; no esparció sus doctrinas generales arrojándolas como al acaso, con la esperanza de que fructificaran con el tiempo, sino que las desenvolvió en todas sus relaciones, las aplicó á todos los objetos, procuró inocularlas á las costumbres y á las leyes, y realizarlas en instituciones que sirviesen de silenciosa pero elocuente enseñanza á las generaciones venideras. Veíase desconocida la dignidad del hombre, reinando por do quiera la esclavitud; degradada la muger, ajándola la corrupcion de costumbres y abatiéndola la tiranía del varon; adulteradas las relaciones de familia concediendo la ley al padre unas facultades que jamas le dió la naturaleza; despreciados los sentimientos de humanidad en el abandono de la infancia, en el desamparo del pobre y del enfermo; llevadas al mas alto punto la barbarie y la crueldad en el derecho atroz que regulaba los procedimientos de la guerra; veíase por fin coronando el edificio social, rodeada de satélites y cubierta de hierro, la odiosa tiranía, mirando con despreciador desden á los infelices pueblos que yacían á sus plantas, amarrados con remachadas cadenas.

En tamaño conflicto no era pequeña empresa la de desterrar el error, reformar y suavizar las costumbres, abolir la esclavitud, corregir los vicios de la legislacion, enfrenar el poder y armonizarle con los intereses públicos, dar nueva vida al individuo, reorganizar la familia y la sociedad; y sin embargo, esto, y nada menos que esto ejecutó la Iglesia.

Empecemos por la esclavitud. Esta es una materia que conviene profundizar, dado que encierra una de las cuestiones que mas pueden escitar la curiosidad de la ciencia, é interesar los sentimientos del corazon. ¿Quién ha abolido entre los pueblos cristianos la esclavitud? ¿Fué el Cristianismo? ¿Y fué él solo, con sus ideas grandiosas sobre la dignidad del hombre, con sus máximas y espíritu de fraternidad y caridad, y ademas con su